CAPITULO VI.

EL PONTIFICADO Y LA CIVILIZACION MODERNA.

I

Mr. Guizot en su última obra, más de una vez citada en este libro, escribe para terminar el capítulo de *La unidad italiana* estas notables palabras:

«A nombre de la unidad italiana acomete el Piamonte mucho más que la conquista de los reinos y el destronamiento de los reyes: acomete la empresa de cambiar todo el régimen de la Iglesia católica y su situacion en el mundo entero, destronando el Pontificado.»

Y mas adelante, en el capítulo siguiente añade:

«Para lograr su objeto, el Piamonte está condenado á hollar el derecho de gentes, despojando al Papa de los Estados de que el Papa es soberano, como huella los derechos de la libertad religiosa, trastornando la constitucion de la Iglesia católica, cuyo gefe es el Pontífice.»

No mucho ántes, en el capítulo *La Iglesia católica y la libertad,* habia sentado estas incontestables razones:

«Nadie ignora que, aparte los dogmas religiosos, hay dos hechos esenciales que caracterizan la organizacion y la situacion de la Iglesia católica: tiene esta Iglesia un Gefe general y único á quien reconocen todos los católicos reunidos ó dispersos en los varios países del mundo: este Gefe es al mismo tiempo príncipe espiritual del catolicismo entero, y príncipe temporal de un pequeñísimo Estado europeo. Y con tal motivo se suscita hoy un gran debate: pretenden unos que la union de estos dos caractéres no es necesaria al Pontificado, el cual puede conservar su poder espiritual sin poseer soberanía alguna temporal; y sostienen otros la necesidad de la soberanía temporal para el libre y seguro ejercicio de la potestad espiritual. No entro ahora en esta cuestion, ni examino aquí el sistema de gobierno de la Iglesia católica: me propongo tan solo defender su libertad, y su derecho á la libertad. El doble carácter de los Pontífices es un hecho consagrado por los siglos, desenvuelto y mantenido á traves de todas las vicisitudes, de todas las luchas, de todas las persecuciones del cristianismo. Este hecho no constituye toda la fe católica; pero es en sí la Iglesia católica misma. ¡Y se cree posible poner manos violentas sobre

da acto de usurpacion, á cada nuevo insulto al derecho y á la legitimidad, nueva nota, nueva circular, todas inconexas, y algunas contradictorias. En tanto el segundo imperio frances, luchando con el deseo de aparecer consecuente para la obra de la unificacion italiana, y el temor á complicaciones difíciles y los respetos á la Inglaterra; fluctuando entre afectos tan diversos, ha tenido que decir y desdecir, afirmar y negar, halagar á la revolucion y amenazarla, alarmar los sentimientos católicos y tranquilizarlos: á tal necesidad lo ha conducido su fatal destino. Sus notas de cancillería, sus discursos oficiales y semi-oficiales han sido expresion exacta de esta incertidumbre, de esta falsa posicion que Francia será sin duda la primera en lamentar.

En tanto el Soberano Pontífice, firme, indestructible en su derecho, tranquilo en la verdad que su causa simboliza, habla un mismo lenguaje, predica idéntica doctrina, sean cualesquiera las circunstancias que le rodean: nunca la pasion se descubre en sus palabras; jamás el odio aparece en sus alocuciones. Se necesitaria estar ciego, como lo están los revolucionarios, para desconocer que hay una fuerza maravillosa y sobrenatural en que es apoya el trono mas antiguo de Europa, el trono del anciano sacerdote que llama hijos á doscientos millones de católicos. Ni creemos que los

mismos revolucionarios dejarán de comprenderlo así: al ver cómo se han derrumbado los tronos de Italia; al ver cómo la fuerza ha conseguido triunfar por un momento sobre la legitimidad, y al contemplar cómo se mantiene el único trono que todavía no ha consentido en transigir con la revolucion, el único que no ha dictado concesiones ni aun en los instantes supremos, seguramente que vislumbrarán, por obcecados que estén, algo de superior y misterioso, que no se explica por las cábalas de la diplomacia ni por los razonamientos del periodismo.

III

La Santa Sede, dicen los revolucionarios, se ha declarado enemiga de la civilizacion moderna, y en prueba de ello, léase la alocucion pronunciada por Pio IX en el Consistorio secreto de 18 de Marzo de 1861: aceptando el reto, vamos á trascribir los párrafos de tan notable documento que se refieren á la civilizacion. Dicen así:

«Hemos preguntado á los que nos incitan á estrechar, en bien de la religion, la mano que nos tiende la civilizacion moderna, si los hechos son de tal naturaleza que puedan inducir al Vicario de Jesucristo sobre la tierra, al que ha recibido la mision de mantener incólume la pureza de su

doctrina celestial y de alimentar á los corderos y á las ovejas con la misma doctrina y confirmarlos en ella, hacer alianza, sin grave peligro para su conciencia y sin grandísimo escándalo de todos, con la sociedad moderna cuya obra ha causado tantos males, que nunca pueden ser bastante lamentados, y que ha promulgado tantos principios, tantas opiniones detestables, y tantos errores abiertamente opuestos á la doctrina de la religion católica.

«Entre los hechos que se han realizado, nadie ignora cuán completamente desgarrados se hallan los convenios mas solemnes entre la Sede apostólica y los soberanos, como ha sucedido en Nápoles. En esta asamblea en que os hallais reunidos en gran número, Venerables Hermanos, lamentamos mas y mas tan triste estado de cosas, y clamamos contra él con todas nuestras fuerzas, como hemos ya protestado contra semejantes atentados y violencias.

«*Esta civilizacion moderna, miéntras favorece cultos extraños al católico, y hasta admite á los infieles á los mas altos cargos de la república y cierra á sus hijos las puertas de las iglesias católicas, se revuelve contra las familias religiosas, contra las instituciones fundadas para dirigir las escuelas católicas, contra muchos eclesiásticos de todas gerar-*

quías, varones revestidos de alta dignidad, de los que no pocos gimen en el destierro ó en la prision, y contra seglares distinguidos que adictos á Nos y á la Santa Sede defienden ardientemente la causa de la religion y de la justicia: esta civilizacion, miéntras fomenta y protege institutos y personas no católicas, despoja á la Iglesia católica de sus legítimas propiedades, y se esfuerza por todos los medios para disminuir la saludable eficacia de la Iglesia. Miéntras otorga amplia libertad á las palabras y á los escritos que combaten á la Iglesia ó á sus sinceros adictos, y miéntras anima, alimenta y ayuda la licencia, se muestra cauta y moderada por extremo en reprender y reprimir las violencias cometidas contra los que publican buenos escritos, y guarda para estos toda severidad cuando juzga que han traspasado, por levemente que sea, los límites de la moderacion.

«*En estas circunstancias, ¿puede el Pontífice romano tender una mano amiga á la civilizacion y unirse con ella por un pacto de alianza y de concordia? Dése á cada cosa su verdadero nombre, y la Santa Sede aparecerá siempre fiel á sus principios. La Santa Sede ha sido en todo tiempo el patrono y pro-*

tector de la verdadera civilizacion: y todos los monumentos de la historia atestiguan y prueban elocuentemente, que siempre ha llevado hasta las tierras mas remotas y salvajes del universo la verdadera suavidad de costumbres, la verdadera sabiduría y la verdadera disciplina.

«Pero como bajo el nombre de civilizacion se quiere entender un sistema combinado á propósito para enflaquecer y aun quizá para destruir á la Iglesia de Jesucristo, jamás la Santa Sede y el Pontífice romano podrán aliarse con semejante civilizacion: ¿qué tiene que ver, como exclama el Apóstol, la justicia con la iniquidad, y qué consorcio puede haber entre la luz y las tinieblas, ni qué union cabe entre Jesucristo y Belial?»

Estas son las palabras de la alocucion: únicamente torciéndolas y retorciéndolas y violentándolas de un modo horrible, han podido deducir los adversarios de la Santa Sede que en ellas se encierra un anatema contra la civilizacion moderna. ¡Tarea ingrata y desconsoladora la de los adversarios á quienes la triste ley de la enemistad obliga á fingir agravios y á rastrear insultos hasta en las frases mas inocentes, hasta en los actos mas sencillos! ¿Qué descubren los revolucionarios de todos los países en la alocucion de

que se trata; qué descubren contra la ciencia, contra la justicia, contra los intereses de Europa? La pasion es ciega y funesta consejera: reflexionen los enemigos de la Santa Sede, y den tregua á sus iras siquiera por un momento.

Séanos lícito prescindir de aquellos políticos que confundiendo lastimosamente el Pontificado católico con el principado civil, han creido que la Iglesia excomulga á todos los que aceptan la civilizacion moderna, y que por tanto ningun liberal puede postrarse ya ante el Soberano Pontífice. Esta argumentacion y esta literatura pertenecen al género terrible, y se destruyen por sus propias fuerzas: el género goza de muy escaso crédito aun entre el vulgo impresionable y dado á los golpes de efecto: las escuelas protestantes dicen lo mismo con ménos aparato; cualquier párvulo de Inglaterra sabe de memoria relaciones mas precisas contra la Iglesia católica.

Nuestros razonamientos se dirigen á aquellos políticos que sin profesar doctrinas protestantes de un modo tan absoluto, creen de buena fe, ó afectan creer, que la Santa Sede declara la civilizacion moderna incompatible con el catolicismo. ¿Es esto exacto? ¿Ha hecho tal declaracion la Santa Sede? Acontece en esta cuestion, como en casi todas las que se agitan en el torbellino inmenso de la política, que con tanto blasonar los hom-

este punto, y alterarlo á placer, y aun destruirlo sin atentar contra la libertad religiosa de los católicos! ¡Se quiere despojar al Gefe espiritual de la Iglesia de un carácter y de un poder que la Iglesia mira, al cabo de los siglos, como garantía de su independencia, y aun se pretende probar que con tal despojo no se maniata ni se mutila el catolicismo! Más aún: se sostiene que la Iglesia católica nunca ha sido libre y ahora va á serlo: *¡la Iglesia libre* es el principio que se proclama en nombre del Estado al punto mismo en que el Estado quita á la Iglesia su constitucion y su casa!

«No puedo creer que en hombres superiores quepa una hipocresía cínica y risible, y admito por tanto que Mr. Cavour, pues él lo ha dicho y sus amigos lo atestiguan, ha querido y creido pronunciar algo de serio y formal al consignar *Iglesia libre en Estado libre* como programa de su política. Si en su tarea de conquistar y constituir el reino de Italia no hubiese hecho, como sucedió en los diversos Estados Unidos de la república americana, mas que proclamar la absoluta separacion del Estado y de la Iglesia, dejando por otra parte á la Iglesia católica tal como la encontraba establecida y en posesion de sus antiguas instituciones, hubiera tenido algun derecho para usar aquel lenguaje; pero proclamar la

Iglesia católica libre, cuando rompiendo por todo se la invade para arrebatarle su territorio, burlarse de sus tradiciones y trastornar sus fundamentos, es un ejemplo, como no conozco otro en la historia, de la irreflexion vanidosa y tiránica en que pueden caer los talentos mas eminentes cuando se abandonan á la embriaguez de la ambicion y del éxito.»

Bien se descubre por estas palabras, y á la vez por el tono en que aparecen todos los ataques y censuras contra el principado civil de la Santa Sede, que la guerra, la implacable guerra de la revolucion no se dirige sencillamente á derribar el trono del rey de Roma, sino á destruir el poder del Pontífice Sumo: los revolucionarios se han delatado á sí propios. La historia responde por nosotros.

II

Pio IX inauguró su Pontificado haciendo benignamente concesiones á tenor de las necesidades, pronunciando sublimes palabras de perdon y olvido, inspirando amor reverente á todas las naciones, consuelo á todas las familias y alegría á todos los corazones. Príncipe italiano, poseedor del trono mas antiguo de Europa, del trono á cuya sombra habian triunfado en no remotas

edades los destinos de la civilizacion, fué el primero y mas enérgico promovedor de la verdadera prosperidad de Italia; abrigaba nobilísimos pensamientos en pró de aquel pueblo tan grande en su historia y hoy tan desdichado. Pio IX hizo saludables reformas en la gobernacion de los Estados pontificios, organizó convenientemente los poderes, dió pasos importantes en la tan deseada secularizacion de los cargos públicos, creó las Consultas, otorgó, en fin, prudentes franquicias que hubieran dado opimos frutos, á no mediar el turbulento espíritu revolucionario que, á título de avaricia de libertades y de expansion hácia el progreso indefinido, quiso *mas*, y *mas* todavía; y quiso tanto, que llegó hasta la república, ensangrentando las calles de Roma y obligando al Vicario de Jesucristo á buscar asilo para su sagrada persona en la roca de Gaeta.

Pero como nada violento es durable, y como el orbe católico no podia permanecer indiferente á vista de la embriaguez revolucionaria que dominaba ciertos espíritus italianos, la causa de la justicia comenzó á llamar hácia sí las simpatías de los pueblos, y el Soberano Pontífice fué restituido en su trono; y la república romana desapareció, dejando tras sí como único recuerdo la indignacion de los pechos honrados y el luto de innumerables familias.

De entónces acá el Pontificado ha tenido nuevos dias de prueba, y á la vez nuevos motivos de exaltacion y de consuelo. Aquel gérmen revolucionario comprimido en 1848, se movia sordamente y se desarrollaba en el fondo de una sociedad sobreexcitada de un modo lamentable por la ambicion extranjera. Bajo los pretextos mas triviales, con audacia inconcebible, á la mitad de un siglo que se precia de civilizado y de progresivo hasta los umbrales del endiosamiento, el territorio del Sumo Pontífice ha sido atacado, invadido, usurpado sin piedad: la Santa Sede y su principado civil han sido objeto de los ataques mas duros, de las calumnias mas horribles: y Pio IX no ha tenido sino palabras de perdon para los unos, palabras de severa verdad para los otros, y oraciones para todos. Sin ejércitos que enviar al combate, sin riquezas de que disponer, sin alianzas formidables que lo protejan, solo, anciano, debilitado por los años y mas aún por las amarguras, levantando las manos hácia Aquel en cuyo nombre gobierna la Iglesia, «*non possumus*» ha dicho á los revolucionarios; y los revolucionarios no se han atrevido á acercar su bandera al recinto en donde mora ese anciano á quien llaman padre doscientos millones de católicos.

El Pontífice, durante las calamitosas circunstancias por que Italia y Europa entera atraviesan,

ha dirigido al orbe cristiano su voz solemne en diversas ocasiones, y ¡cuánta diferencia entre el lenguaje del Pontífice Soberano y el de los diplomáticos del mundo! Si se compara la santa ingenuidad que rebosa en las palabras de Pio IX, con la insidiosa doblez que por lo comun distingue los escritos de los ambiciosos que atacan su poder, la conciencia pública dará su fallo inclinándose al lado en donde ve brillar los caractéres de la verdad. Vivos, y á la universal espectacion están los documentos que han salido de algunas cancillerías de Europa, á contar desde la paz de Villafranca: la serie de sus fechas será un dia dato muy seguro para tejer la historia del mas horrible atentado que registra la abigarrada historia del siglo XIX, que á sí propio se titula siglo de la civilizacion.

La cátedra de San Pedro, de la cual irradió para los pueblos la luz de la verdadera civilizacion, predica hoy las máximas de siempre, las verdades que constituyen el fondo del catolicismo y la base de todo derecho: que no está el progreso ni consiste el brillo de la civilizacion en proclamar máximas nuevas, sino en observar y cumplir fielmente las antiguas, las eternas, las que proceden de la boca del mismo Dios.

Los políticos de Europa con su deplorable sagacidad, con su propósito de engañarse á sí propios, creyendo tal vez engañar á los demás, aparecen muy pequeños cuando se les compara en su conducta y en sus palabras con la Santa Sede, á cuyo vigoroso raciocinio, á cuyo severo acento solo pueden aquellos oponer la pagada gritería de las muchedumbres ó el estruendo inhumano de los cañones, última y suprema razon de los tiempos modernos. ¿Cuántas veces ha variado de plan la política sarda? ¿Cuántas veces ha variado la política francesa? Comenzó la guerra, se trabó, se ensangrentó, se hizo la paz en Villafranca, se firmó un arreglo en Zurich. El Piamonte se contentaba con la Lombardía; se dió por satisfecho. Armóse una expedicion pirática contra Sicilia; Dios y el mundo saben cómo y por quién y bajo qué auspicios: se alzó un grito de reprobacion contra semejante atropello del derecho á la faz de Europa, contra semejante retroceso á la barbarie en plena luz de la civilizacion. Cerdeña protestó de su respeto á la jurisprudencia internacional: cundió la invasion: el espíritu revolucionario obtuvo el triunfo: Dios y el mundo saben cómo; y el Piamonte, sin escrúpulos de ninguna especie, aceptó de manos del conquistador, cuya expedicion habia censurado, la corona que momentos ántes ceñia un rey legítimo y aliado fiel y deudo cariñoso. Nueva faz tomaron entónces los escritos de la cancillería sarda: á ca-